

colección ¿Y si fuese cierto...

AJUSTES EN LA ALCALDÍA

©Juan Ignacio Montiano, 2013
1ª edición: Septiembre 2013
Derechos exclusivos de edición
reservados para todo el mundo.

Diseño de portada
Héctor Gomis
Maquetación
Héctor Gomis

©Ven y te lo cuento ediciones S.L.
Plza. Catalunya, 8 pral. 08007 Barcelona
www.venytelocuento.com
info@venytelocuento.com
ISBN — 978-84-941350-3-3
Depósito Legal:
Impreso en España

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin autorización escrita del editor.

JUAN IGNACIO MONTIANO

Ajustes en la alcaldía

ven  te lo cuento ediciones

ÍNDICE

1.....	11
1.2	21
1.3	27
2.....	33
3.....	39
4.....	43
5.....	49
6.....	53
7.....	57
8.....	63
9.....	69
10.....	75
11.....	79
12.....	83
11(bis).....	87
13.....	93
14.....	101
15.....	105
EPÍLOGO	113

Dedicado a Txema y Javi, mis amigos.
Ellos sabrán por qué.

1

Cuando lo encontró la asistente a la mañana siguiente, parecía, según contó ella, que estuviese vivo. Profundamente dormido, pero vivo. Y tan profundo, tan profundo era su sueño que, en realidad, se hallaba en las mismas calderas de Pedro Botero, metido en un jacuzzi de agua hirviendo que le licuaba las pelotas. Por malo. Era el 14 de febrero de 2012. San Valentín.

Y es que ella entró en la habitación y lo vio de perfil... “y pensé que aún estaba dormido, aunque ya me extrañó a mí aquel olor. Un olor metálico, como el de las aguas sulfurosas de la fuente de mi pueblo”, contó la empleada del hogar al policía que le tomó declaración. Y es que la sangre tiene mucho hierro.

Al girarse después de cerrar los visillos, “pues los señores solían dormir con la gran ventana de su dormitorio abierta de par en par... casi me desmayo

Juan Ignacio Montiano

toda al ver lo que vi. ¡Toda aquella sangre! Y el agujero negro en la cabeza...”

Total, que le habían pegado un pepinazo, vete tú a saber desde dónde, en la sien derecha y se había empantanado de sangre ferruginosa la almohada y las sábanas de ese lado, del derecho. Así que la empleada del hogar, al entrar en la habitación por la parte izquierda, se creyó que dormía. Ya, ya, dormir... intentaba escaparse de la caldera, que estaba a unos ochocientos grados, pero un diablo eventual le pinchaba con el tridente en las manos para que no saliese de la jodida cazuela. Por dormir con la ventana abierta. A joderse.

Cuando llegué al lugar del desagradable suceso, ya había pasado por allí casi todo el mundo: policías de uniforme, los de la científica, el forense y la jueza. No sé por qué cojones siempre llego de los últimos.

A la sirvienta le estaban obligando a beberse una tila en la cocina. No parecía muy nerviosa, pero dos mujeres con aspecto también de domésticas, probablemente de los chalets vecinos, hacían de psicólogas expertas en situaciones traumáticas...”tú tranquila, piensa en cosas bonitas, tómate esto y vacía tu mente, ya verás, el mes próximo ni te acuerdas”. ¡No te jode la filósofa! Si pierde el trabajo por carecer de jefe, ya verás tú si se acuerda, pensé.

Decía el forense que, en realidad, no había tanta sangre, que para un balazo de aquel calibre debería de haber estado toda la habitación inundada. El forense es un tipo raro de cojones, pero listo y con una tonelada de años de experiencia. Había que quedarse con la copla: “poca sangre para semejante tiro”, apunté en mi formateado disco duro.

La jueza fumaba en la terraza; se conoce que tampoco le gustaba el olor férrico de la sangre, aunque sí el de la nicotina y el alquitrán, tanto, que se lo metía en los pulmones con alegría y sin reparo. Qué inconsciente. Era una mujer esquemática, que distribuía su tronco y extremidades en forma de algoritmo, un algoritmo que empezaba por su mirada y terminaba en la nada o en la cárcel si te insubordinabas, supongo. En fin, poco atractiva, al menos para mí, aunque según en qué circunstancias... No sé qué me pasa por la mente, debo de estar enfermo. Hay un fiambre sobre la cama haciéndose el dormido y yo valorando los encantos de su señoría.

-Vaya marrón- me dijo la jueza, sin mirarme, cuando me acerqué a ella para saludarla. No me miró porque estaba ocupada en llevarse el cigarro a la boca, saturando de humo sus bronquiolos inocentes.

En la calle se estaba juntando, detrás de la cinta amarilla, un importante grupo de curiosos y de

Juan Ignacio Montiano

periodistas, que también son curiosos, si no de qué. Eran las once de la mañana y, salvando los reporteros que estaban, lógicamente, trabajando... ¿qué hacía allí toda esa gente?, ¿realmente había tanto paro en el país? Siempre me ha sorprendido lo rápido que se entera la parroquia de las noticias morbosas.

Vi llegar el coche del comisario, mi amado jefe. Aparcó de cualquier forma, en cualquier sitio. Lo que hace el saber que no le van a multar a uno... qué cabrón. Traía un careto de cabreo curioso. Conociéndole, me imaginaba su agobio. No le gustan nada las sorpresas, los sucesos que se salen de la norma. Que hubiese aparecido una puta muerta en la playa, o que un drogata se hubiera cargado al empleado de una gasolinera, eso, pues no le alteraba, porque entraba dentro de lo esperable, pero que se hubiesen cepillado al alcalde, eso, eso le estaría sacando de sus casillas... ¿por qué a él, por qué al alcalde de su pueblo? Pensé que estaría pensando, y seguro que no me equivocaba.

Entró en la habitación acelerado, saludó protocolariamente a la jueza, que seguía fumando en la terraza, me hizo un gesto levantando levemente la barbilla a modo de saludo, y se fue directamente donde el doctor Luyando, el forense, quien se incorporaba con toda su osamenta de cachalote y sus blancas

melenas, atusándose la barba, también blanca, pues había estado agachado como buscando algo bajo la cama. No parecía haber encontrado nada, así que se quitó los guantes, los metió en una bolsa y acabó de enderezarse.

-¿Qué?- preguntó el comisario Rubiales secándose el sudor de la frente, de su inmensa frente que se perdía en los andurriales de la nuca.

-¿Qué, qué?- respondió lacónico el médico.

-¡Que qué sabes, hostias!- no estaba el horno para bollos.

-Por ahora te diré que tiene un sospechoso agujero encima de la oreja; también te diré que, probablemente, dentro del cerebro encuentre un proyectil, o bala, que le habrá hecho fosfatina las últimas geniales ideas para seguir trincando y los más remotos recuerdos de cuando era albañil de obras. Pero, antes, tengo que abrirle el cráneo, pues de otro modo sólo podemos hablar de suposiciones y conjeturas.

-¿Podría tratarse de un suicidio?- preguntó el comisario Rubiales.

El forense no suele gesticular mucho, es más bien parco en sus ademanes; no obstante, estaba claro que se estaba conteniendo, que le pedía el cuerpo, su gran cuerpo, decir alguna barbaridad con mucha mímica, pero no lo hizo. Se sentó en una butaca y sacó un

Juan Ignacio Montiano

paquete de Bisonte sin filtro. También fumaba el médico, predicando con el ejemplo; aunque según sus principios y su estadística, la causa de la muerte de la totalidad de los cuerpos que él analizaba, nada tenía que ver con el tabaco. El jodido forense... Total, que después de darle dos o tres caladas, disfrutando de la impaciencia del comisario y apreciando que se le incrementaba el público, pues la jueza se había asomado para oír la respuesta del doctor, dijo:

-Es posible, ahora bien, tenía que ser rápido de cojones- dijo cojones el médico cuando, normalmente, este gremio suele ser de un gusto exquisito y poco dado a emplear palabras soeces. Pero lo dijo-. Ves el hotel Capricho Marino, por ejemplo- y señaló un hotel de lujo que estaba situado como a unos quinientos metros de allí, uno de los más de treinta hoteles que saturaban la bahía, pegados a la playa y rodeados de cientos de edificios de apartamentos; moles de más de treinta pisos que hacían de aquel pueblo el Manhattan del Mediterráneo-. Pues bien, el alcalde pudo alquilar, de incógnito, una habitación; preparar un rifle de precisión, apuntar a la cabecera de su cama, disparar y venir a toda pastilla, ponerse el pijama, acostarse y ajustar la sien para que le pegara el tiro. Técnicamente es posible, difícil, pero posible, mi querido comisario- concluyó el forense.

Yo sonreía intentando evitar la carcajada, después de todo era mi jefe; la jueza, directamente, se descomponió a mandíbula batiente, y los dos policías de la científica intentaban evitar la mirada del comisario. Hay que ser majadero para semejante planteamiento.

-Vete a tomar por el culo, listillo de mierda- al salir de la habitación me indicó, con la mano, que le siguiera.

Y le seguí, pensando que desde cualquiera de esos hoteles, o desde cualquiera de esos edificios de apartamentos habían podido disparar al alcalde. “Va a ser muy jodido dar con el sitio exacto”, pensaba yo. La casa, mejor, el palacete del antiguo jefe de los ediles está en la parte interior de la ciudad, en la ladera de un monte, en una zona privilegiada desde donde se divisa toda la bahía, una zona residencial donde cada chalet es un pequeño rancho. En frente, por lo tanto, tiene una de tantas aberraciones urbanísticas que plagan las costas del Mediterráneo. ¿Y ahora para qué te sirve semejante choza, eh?, ahora que estás frito. ¡Qué pena me das, je!

El comisario Rubiales se para en el pasillo, se da la vuelta y espera a que esté lo suficientemente cerca para empezar a darme órdenes. Estaba tan cabreado, probablemente consigo mismo, que pensé que iba a echarme la bronca sin motivo. Pero no, me mira a

Juan Ignacio Montiano

los ojos y me dice en voz baja para que nadie más le oyera:

-Luis, interrógame bien a la sirvienta, hazme un informe de todo lo que hizo el alcalde ayer y búscame a la viuda, que parece ser que no duerme en esta casa todos los días desde hace un tiempo. ¡Qué listos de los cojones son estos!- se refería al forense y a la jueza. Parecía estar pensando, en un silencio que hizo-. No sé cómo vamos a saber desde dónde le dispararon, quizás los de la científica, por la posición de la cabeza y el trayecto de la bala, puedan orientarnos hacia un grupo de edificios, pero va a ser como buscar una aguja en un pajar. ¡Qué mierda, Luis! Me van a dar por culo los políticos y los periodistas hasta que se me desgarré el esfínter. Apúrate Luis, no pierdas tiempo, cuanto antes resolvamos esto, menos se me agravará la úlcera y más años viviré.

Pues la cosa estaba caliente y jodida, pensaba mientras veía bajar al comisario por la escalera con su caminar renqueante de pato viejo. Entré otra vez en la habitación. Me dijo el forense que le extrañaba que tuviera los ojos abiertos, la boca no, la boca podía tenerla abierta pues seguramente era roncador: cincuenta y ocho años, sobrepeso, fumador o exfumador... Pero los ojos... ¿por qué los tenía abiertos y así como llenos de terror?

-Igual tiene razón el comisario y ha venido corriendo para recibir su propio tiro, con lo que no le ha dado tiempo a dormirse- volvió a reírse el personal allí presente con los soliloquios del doctor.

Desde la ventana la panorámica no tenía desperdicio. Cómo diablos se puede construir tanto, tan junto, tan alto, y tan mal. Casi toda la culpa de aquel desastre arquitectónico la tenía el muerto, que se hacía el dormido en la cama, cama sucia de sangre seca. El alcalde, don Roberto Corecho ostentaba el poder en Benibella desde hacía tres legislaturas, y la tres anteriores había sido concejal de urbanismo, o sea, 24 años en el tajo. Por decirlo de alguna manera. Pensé en los de la científica y supliqué a la diosa suerte que me redujeran el número de edificios en los que buscar al francotirador.

Allí no había más que rascar, las próximas noticias vendrían del Instituto de Medicina Legal de Valencia con las novedades del doctor Luyando, y los pertinentes estudios de balística, la trayectoria supuesta y demás. Me fui a buscar a la criada.

1.2

Se había quedado sola en la cocina. Fregaba unos cacharros, los de la tila, seguramente. Le calculé unos cuarenta años. Una mujer tosca, de formas generosas y cierto atractivo, de ésos atávicos: caderas y nalgas caballunas y pechos generosos. Casi todos los hombres picamos ahí, aunque luego a algunos les vayan más para la sobremesa las intelectuales expertas en nanotecnología o en Proust. Qué sé yo, no sé por qué se me ocurren tantas chorradas. Se giró al sentir mi presencia. Tenía los ojos rojos, daba la sensación de que había llorado lo suyo. Se presentó diciendo:

-Ya se lo he dicho todo al policía que me ha interrogado antes- sin que yo le preguntara nada.

-Ya, pero es que yo soy inspector, de homicidios, y hago otro tipo de preguntas.

-Pues usted dirá- y se sentó en una banqueta de la cocina esperando resignada.

Llevaba puesto un ajustado chándal azul poligonero, Nike de mercadillo, que le quedaba tan prieto que le

Juan Ignacio Montiano

marcaba el hachacito en la entrepierna. Supe enseguida que a cada poco se me iría la vista hacia allí, pero me propuse mantener cierto control. Difícil, lo sé. Saqué mi cuadernito de notas y mi Staedler del número dos y miré al techo, abstrayéndome falsamente antes de hacerle la primera pregunta.

- Doña Carmen Matías, conocida como Menchu... ¿de dónde es usted?- le pregunté.

- Soy natural de Cérdenas de Arriba, Ciudad Real.

- ¿Lleva mucho aquí?

- Mis padres se vinieron a Benibella cuando yo tenía doce años.

- No, me refiero a esta casa, en este trabajo.

- ¡Ah!, aquí llevo cinco años.

- Estado civil...

- Estoy casada y tengo dos hijos, un niño y una niña, de quince y catorce años.

- Su marido... -vaya una forma de interrogar de los cojones que tengo.

- Mi marido es barrendero.

- Así que trabaja en el Ayuntamiento.

- En efecto.

- Luego tienen el mismo jefe.

- Pues sí, y qué.

- No, nada, comento.

- ¿Qué pasa, que tengo sucio el pantalón o qué?

“¡Mierda!, es que no lo puedo remediar, joder, se me va la vista, si es que parece que tiene el potorro pintado, sin más, sin ropa”, pensaba.

-Que va, es que, o sea... -no sabía qué decirle-
¿Usted está interna, no es así?

-Así es. Trabajo desde el lunes a las ocho de la mañana, hasta el viernes a la ocho de la tarde. Los fines de semana libre.

-Por lo tanto duerme aquí.

-Claro.

-¿Sintió ayer llegar al alcalde?

Me dijo que sí, que hizo bastante ruido y que le despertó. Me confesó que le pareció que venía algo embriagado, cosa que le llamó poderosamente la atención porque el señor alcalde era un hombre muy prudente y nada dado a los excesos. Cuando dijo excesos se le cambió la cara, como si esa palabra le sonara soez y le recordarse no sé qué sucio que la turbaba.

-¿Y la señora?

-La señora llegó con el señor alcalde, pero estando en el recibidor tuvo una llamada en el móvil. Oí que le decía que era su hermana- me explicó Menchu que la cuñada del alcalde estaba en tratamiento psiquiátrico por depresión-. Así que la señora se fue y hasta

ahora. ¡Ay cuando se entere!- se lamentó teatralizando un poco mucho para mi gusto.

Después que se lo pidiera me dio la dirección y el teléfono de Teresa Ruiz, la cuñada del muerto, Sita para los allegados.

Hice un voluntario y forzado silencio, para desprevenir a Menchu, la sirvienta.

-¿Cuál era su relación con el alcalde?

-¿Cómo mi relación con el alcalde? Yo no tenía ninguna relación con el alcalde- dijo azorada, nerviosa, como si hubiese oído una pregunta que yo no le había hecho.

“¡Hostias, la casualidad! Yo preguntándole por su relación laboral o amistosa después de tantos años y para mí que acababa de delatarse a sí misma. No hay nada más efectivo que lanzar globos sonda”, pensé contento por mi descubrimiento, que apunté enseguida en mi libreta.

-¿Qué apunta, eh, se puede saber qué leches apunta?

-No le interesa, son asuntos policiales.

-Cómo no me va a interesar si me está interrogando- hizo un silencio- ¡Y deje de mirarme el chocho, hostias!- y salió espantada de la cocina, dando por terminada la entrevista.

Es que no lo podía evitar, tenía más de tres centímetros de chándal metido por la raja del coño, se me iban los ojos, soy humano, leches. Es como intentar estornudar sin cerrar los ojos, simplemente no se puede evitar.

La dejé marchar, supuse que tendría la oportunidad de hablar nuevamente con ella en una no muy lejana ocasión, y seguramente de forma más oficial, en comisaría y delante de su abogado, si lo tenía.

Vi salir al forense y a la jueza, iban fumando, charlando y riéndose. También se fueron los de la científica. Salió un coche del garaje, un utilitario pequeño donde iba la criada, se paró porque uno de los policías que custodiaban las entradas le hizo una señal. Bajó la ventanilla, habló con el oficial y se largó. Subieron una camilla de ambulancia para trasladar el cadáver al Instituto de Medicina Legal.

La casa te dejaba noqueado si no estabas acostumbrado a las drogas psicodélicas. Una casa vestida con un lujo casi obsceno y bastante macarra. Había allí mucho dinero pero muy poco gusto. Al menos en mi opinión que, todo hay que decirlo, no es que sea el colmo del refinamiento, pero en fin. Un león disecado en la sala junto a una réplica de la virgen del Rocío, un cuadro de un cotizadísimo pintor encima del retrete... Todo lo que había allí dentro parecía una

Juan Ignacio Montiano

inversión, de ahí el sofisticado sistema de vigilancia que estaba instalado por toda la casa y el jardín.